



MONSEÑOR ROMERO : EXIGENTE CONVERSION CRISTIANA

Consejo Redacción Diálogo

El presente texto, lleno del calor humano de quienes vivieron personalmente la evolución de Monseñor Romero, es un testimonio reconocido al Pastor que supo escuchar la voz de sus ovejas y dar la vida por ellas. Fue originalmente publicado como editorial en la revista guatemalteca DIALOGO, nº 51.

Más que un pronunciamiento, un testimonio

Conocimos a Monseñor Romero. Tuvimos ese privilegio. Por ello, este Editorial quiere ser más que un pronunciamiento un testimonio. Ciertamente que, como todo testimonio, sale marcado por la interpretación que nosotros hemos dado a ese dato primario, profundamente estimulante, que fue nuestra relación con Monseñor.

Los caminos de Monseñor y de DIALOGO se cruzaron muchas veces y los encuentros fueron siempre ventanas abiertas a nuestra esperanza. Cuando nos encontrábamos en San Salvador, nos preguntaba: "¿Cuánto tiempo van a quedarse?" La pregunta era expresión del anhelo que tenía Monseñor Romero de comunicarse, compartiendo ideas, compromisos e interrogantes, con todos aquellos que, como él, deseaban hacer histórica y viva la palabra de Dios del lado de los pobres en los procesos de liberación de nuestro continente latinoamericano. Nada de estas conversaciones se le perdía y muchas veces vimos cómo experiencias, posiciones, determinados tratamientos de problemas, y sobre todo el clamor de justicia y de dignidad de otros pueblos, en concreto

del de Guatemala, saltaban a las frases de sus homilías dominicales, enriquecidos con su carisma excepcional de profeta y de compañero solidario. Era sencillamente una manifestación de su decisión de escuchar al amplio pueblo de Dios y al Dios del pueblo en sus historias concretas. Era uno de los rasgos más típicos de su conversión: narraba su fe comprometida y escuchaba la narración de la fe comprometida de otros. Historia de fe comprometida y narración de esas historias impulsaban así al siguiente paso de avance en el compromiso, a la siguiente etapa de su conversión, conversión de Obispo, situado en el vértice de la autoridad institucional, a hombre y cristiano convencido de la necesidad de ser apoyado y alimentado en su fe comprometida.

De esta conversión de Monseñor Romero queremos hoy escribir en este Editorial. Según el Evangelio de Marcos, el mensaje de Jesús de Nazareth, el hijo de Dios, puede resumirse en dos puntos: uno es el anuncio de que el Reinado de Dios se acerca; el otro es que para recibir ese reino los hombres tenemos que hacernos nuevos, tenemos que cambiar radicalmente, nos es preciso convertirnos. En el punto segundo nos vamos a fijar, rescatándolo de la insignificancia a que ha sido reducido por siglos de entenderlo como un proceso individualista, puramente interior: “yo me arrepiento y Dios me perdona”, de donde queda ausente un cambio real de vida, de amor y de intereses, y por consiguiente un cambio de práctica. Hablando Monseñor Romero en Puebla en febrero de 1979 sobre los criterios para verificar el fruto de los retiros espirituales, y en concreto de los Ejercicios Espirituales, él mismo lo precisaba: “Unos Ejercicios medirían su eficiencia por la renovación que realicen en el hombre. No sería suficiente si un hombre se siente renovado sólo en una piedad individual, perdonado de sus pecados personales, muy a gusto por sentir su conciencia tranquila. . . . Yo mediría . . . la bondad o la ineficacia de unos Ejercicios en la medida en que los hombres que salen de esas reflexiones profundas sean hombres de éstos que necesita nuestra América: hombres nuevos para organizar estructuras nuevas en la medida de sus alcances” (Varios Autores, *Ejercicios Espirituales en, desde y para América Latina*, Torreón, México, 1980, pp.102-103).

Antes de ser Arzobispo de San Salvador:

Monseñor Romero es un ejemplo insuperable de esa conversión. Hemos dicho que lo conocimos. Nuestro conocimiento comenzó dos años después de su nombramiento como Obispo Auxiliar de San Salva-

dor en 1970. Ya poseía entonces dos aspectos importantes de su personalidad, que en los tres años de su Arzobispado brillarían en toda su magnitud. Era un hombre de excepcional rectitud, que jamás haría nada en contra de su conciencia. Por otro lado, tenía el don de la palabra predicada. Pero fuera de esto, la imagen objetiva de Monseñor Romero en 1972 era la de un Obispo conservador, con una espiritualidad fuerte pero desencarnada que, en los clamores de justicia veía reducción de la fe a la sociología y politización indebida de la misma fe. Como Director del periódico ORIENTACION, de la arquidiócesis de San Salvador, polemizaba frecuentemente contra sacerdotes y laicos envueltos en el recién descubierto espíritu de Medellín. Como Secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador fue influyente en muchas decisiones que bloquearon o hicieron más lenta la concreción de Medellín a la Iglesia Salvadoreña. Monseñor Luis Chávez y González, su antecesor en el Arzobispado de San Salvador, anciano abierto a una pastoral encaminada por los diseños de Medellín, tuvo que relegar a Monseñor Romero a una posición sin influjo en los asuntos de la arquidiócesis. Es bien conocido que, cuando Monseñor Chávez renunció por su edad al Arzobispado en enero de 1977, el nombramiento de Monseñor Romero, entonces ya Obispo de Santiago de María desde dos años antes, fue captado unánimemente como una decisión de frenar la posición relativamente avanzada de la Arquidiócesis. La prensa oligárquica exultó; el gobierno del ex-Presidente Arturo A. Molina se las prometió muy felices; el Nuncio Apostólico, conocido por sus posturas teológicas y socialmente retrógradas, se sintió tranquilo y comenzó a entrever un período de cooperación entre la Iglesia y el Estado que resultara en disciplinar estrictamente a los sacerdotes “politizados” y —en consecuencia— en volver a la conciliación entre “los dos poderes” y a la “paz” de la Iglesia.

“Ha sido la sangre del Padre Grande”:

El 12 de marzo de 1977, 20 días después de que Monseñor Romero tomara posesión del Arzobispado, el P. Rutilio Grande, S.J., moría asesinado en el camino de Aguilares a El Paisnal. Monseñor Romero pasó la noche ante su cadáver, rodeado ya por miles de campesinos y obreros agrícolas de la zona. Unos días después, exigió al Gobierno el esclarecimiento del crimen; por vez primera en la historia de las relaciones entre Jerarquía y Estado en El Salvador, Monseñor Romero renunció a las pláticas secretas entre Obispos y Presidente de la República y reforzó su exigencia pública con su aprobación a una iniciativa de paro de

labores en las escuelas católicas y con una decisión, ampliamente consultada con su clero y sus demás colaboradores pastorales, de celebrar el domingo siguiente el funeral del P. Grande una única Misa en toda la Arquidiócesis, una Misa multitudinaria en el parque frente a la Catedral que preanunciaba ya su estilo pastoral. Ni presiones de la ANEP (organización máxima de la empresa privada), ni presiones del Nuncio lograron que Monseñor Romero diera marcha atrás. Alrededor de él se apretaba ya, en una unidad inédita hasta entonces, la enorme mayoría de los agentes de pastoral y del pueblo cristiano consciente de la Arquidiócesis.

El día 5 de mayo de 1977 nos encontramos con Monseñor Romero en el mirador del aeropuerto de San Salvador. Venía del Cuartel de la Guardia Nacional. Acababa de recibir de manos del Coronel Director de la Guardia a uno de sus sacerdotes, preso desde el día 1o. de mayo y maltratado en la prisión, el cual, por ser extranjero, estaba siendo suprimido de El Salvador por el procedimiento de la expulsión. Venía a despedir al sacerdote. Nos encontramos por primera vez con él desde 1972 y no pudimos resistir al impulso de felicitarlo por la coherencia con que venía manteniendo su postura desde el 12 de marzo. Nos abrazó y nos dijo: "Ha sido la sangre del Padre Grande. Otras fuerzas me habían apartado de ustedes. Pero ahora, estamos juntos de nuevo".

El clamor de la sangre del pueblo:

Monseñor Romero nunca mencionó por su nombre a esas "otras fuerzas". Es una muestra más de su rectitud. Baste con decir que se trató de consejeros representantes de una espiritualidad triunfal y desencarnada, que deja de lado el mundo tenebroso del pecado estructural y no invita a tomar partido por los pobres. De cualquier manera, ahí quedó su afirmación: "Ha sido la sangre del Padre Grande". Pero la sangre del Padre Grande era la sangre de un párroco rural que, en cinco años de una pastoral profundamente renovada, había ayudado a despertar la conciencia de los campesinos explotados y oprimidos de su parroquia de 30,000 habitantes. Del despertar religioso, que implicaba la conversión al Dios de la Historia, exigente de solidaridad humana en justicia, se había pasado al despertar político de un florecimiento inusitado y firme de organización popular. La dignidad aplastada de los condenados de El Salvador se había levantado. La oligarquía, las Fuerzas Armadas y las Fuerzas de Seguridad del Estado reprimían ya a la organización popular y se sucedían los desaparecimientos, las torturas y los

asesinatos, así como las masacres en las calles de la capital. La sangre del pueblo estaba corriendo. Antes de que fuera derramada la del Padre Grande. El clamor de esta sangre de los pobres llegó a los oídos de Monseñor Romero, estrechamente confundido y fusionado con el clamor de la sangre del Padre Grande. Poco a poco el Arzobispo fue clarificando su posición. No reclamaba justicia por la sangre de Grande en virtud de que se tratara de un sacrilegio contra un sacerdote. Reclamaba justicia porque se trataba de un sacrilegio contra un hombre, contra la imagen de Dios, contra el verdadero templo de Dios, contra el hermano. Y por eso empezó a denunciar la represión y la explotación del pueblo. Empezó a reclamar por la sangre del pueblo.

A los pocos meses aprobó la publicación de un estudio teológico sobre la persecución de la Iglesia, del que se encargó el Secretariado Social de la Arquidiócesis. Persecución en contra de la Iglesia en un sentido evidente, la había ya: el 12 de mayo fue asesinado otro sacerdote, el Padre Alfonso Navarro; varios otros sacerdotes fueron apresados, torturados, expulsados del país; se hostigaba a los catequistas y las reuniones bíblicas y aun las Misas dominicales, sobre todo en las zonas rurales, se convertían en actividades tan peligrosas como las movilizaciones políticas de masas. Pero lo que Monseñor Romero aprobó como contribución teológica de la Iglesia de El Salvador perseguida a la Iglesia Latinoamericana y mundial era mucho más: era la interpretación teológica de la muerte violenta en aras de la justicia como martirio auténtico.

En la vida de Jesús hay momentos en que se nos habla de un agolpamiento de multitudes que lo abruman con el clamor de sus enfermedades, de sus necesidades insatisfechas, de sus opresiones por los “demonios”. Se nos dice en los Evangelios que El a todos los recibía y a todos los curaba (véase Marcos 1, 29-34 y paralelo; también Marcos 8, 1-3). De igual manera rodearon a Monseñor Romero, desde los comienzos de su Arzobispado, las multitudes heridas, agredidas, insatisfechas, del pueblo reprimido y mártir de El Salvador. A su curia Arzobispal llegaron las madres de los desaparecidos, las familias de los desempleados, los mismos militantes de los proyectos revolucionarios del pueblo. Monseñor a todos los acogió, a todos los atendió, cargó con sus reivindicaciones, con su sufrimiento y con su dignidad recién surgida. Y él mismo se hizo clamor por la justicia y la dignidad de su pueblo. La reacción fue brutal, tal vez insospechada.

El estallido del odio, fuente inagotable de conversión cristiana:

Es en estos primeros meses de su Arzobispado cuando se fragua su conversión. Durante estos meses también lo conocimos. Eramos parte de un río más ancho. Eramos solidarios con muchos cristianos de toda Centro América arrebatados por el don del llamado a la conversión cristiana, al cambio de vida y de amor y de intereses. El impacto mayor, en Monseñor Romero desde luego, pero también en otros muchos, fue el estallido del odio. Habían irrumpido los pobres en nuestra historia personal, nacional y regional. No como limosneros, apelando a la misericordia, no como personas individuales solamente. Habían irrumpido como legítimos reclamantes del protagonismo de los procesos, como miembros organizados de unas clases populares, mayoritarias, delineantes de un proyecto histórico de sociedad justa y fraternal, en conflicto con minorías explotadoras y opresoras insignificantes en número. Muchos de los alzados desde su tradicional vergüenza y aplastamiento, clamaban sus derechos en nombre del Dios de Jesús; otros lo clamaban en nombre de su dignidad de trabajadores. Era patente la justicia de su causa y evidente su sufrimiento, su solidaridad, su sacrificio, en una palabra su dignidad.

Monseñor Romero denunció la injusticia que se les hacía y anunció que la sociedad nueva que buscaban, en la que no hubiera que doblar rodillas ante explotadores y opresores, era una señal del Reino de Dios. El estallido de odio fue inconmensurable. A quien lo habían recibido como defensor de sus intereses lo calumniaban ahora en campañas de prensa millonarias, adornadas de una cólera y de una crueldad rara vez vistas. Pero sobre todo, era el odio contra los hombres dignos que reclamaban su lugar en la historia. Cayeron todas las máscaras del paternalismo y todos los rodeos de la beneficiencia y el asistencialismo. Y apareció el rostro del pecado, del pecado estructural, ratificado por el interés de clase y por el odio personal y reforzado en una dictadura de la burguesía, servida por las armas, dispuesta como nunca a humillar, torturar, hacer desaparecer y asesinar. Esta evidencia brutal fue acogida por Monseñor Romero y la convicción de su obligación con el pueblo digno de los pobres se le implantó en el corazón como fuente inagotable de conversión cristiana. El pecado mortal, estructural y personal, que mata al Hijo de Dios y a los hijos de Dios, lentamente por una explotación inmisericorde, o en los asesinatos y masacres de la represión, tenía que ser combatido y quitado de El Salvador. La muerte, la violen-

cia estructural y represiva, alcanzaba a sacerdotes y agentes de pastoral, a religiosas, a catequistas, a toda la Iglesia que aceptaba ser *de* los pobres. Y a Monseñor Romero intentaba aniquilarlo en su imagen, al menos al comienzo.

Etapas de su conversión:

Tratemos ahora de sistematizar esta conversión permanente de Monseñor Romero, a través de los pasos concretos en que fue cobrando vida. La conversión implica siempre una ruptura con una forma de vida y una adopción de novedad de vida. A veces la ruptura es auténtica separación de actitudes o de intereses, de personas o de grupos para asumir otras posiciones y para entrar en otras solidaridades. A veces es simplemente profundización, un como salto cualitativo que hace avanzar hasta donde antes parecía imposible. En los aspectos que vamos a considerar cristalizan estos dos tipos de conversión.

Cambio de consejeros:

El primer paso de su conversión fue a nivel intra-ecclesial. En el momento del asesinato del Padre Grande se le hizo claro quiénes lo apoyaban y quiénes estaban conspicuamente ausentes de la unidad eclesial que entonces surgió a su alrededor. Y la exigencia cristiana de su conversión implicó la separación de Monseñor Romero de sus consejeros unilateralmente espiritualistas y desencarnados; de aquellos que buscaban la vía triunfal de la conciliación con el Estado. Pero supuso al mismo tiempo formar un equipo de nuevos colaboradores, un equipo de sacerdotes y de cristianos preocupados por la vida del pueblo salvadoreño en sus grandes mayorías, valientes en su “no” en nombre de Dios y del pueblo al poder dictatorial represivo.

Del diálogo con el Estado al diálogo con el pueblo:

Otro paso casi simultáneo con el anterior tuvo lugar en relación con el Estado. Se separó Monseñor —y lo que es más importante, separó la función jerárquica en la Iglesia— del diálogo de poder a poder con el Gobierno. De aquí brotó su famosa definición: no es la Iglesia la que está en conflicto con el Estado ni le toca a la Jerarquía actuar como un poder (en el fondo del Estado, al nivel legitimador); es el Estado el que está en conflicto con el pueblo, con las grandes mayorías. En la nueva vida que implicaba su conversión, quedaba clara su nueva solidaridad:

a la Iglesia le toca estar con el pueblo, servirlo, ser pueblo. Por eso el dialogante nuevo de la Jerarquía, del Arzobispo, tenía que ser el pueblo. Y por eso, en la solidaridad con el pueblo, constataba el conflicto de la Iglesia con el Estado. Dos años más tarde, en Puebla, lo dejaría perfectamente formulado: "Una Iglesia sentida no sólo en cuanto magisterio, sino en cuanto pueblo. Pueblo que pone en esa Iglesia su esperanza; pueblo que es él mismo Iglesia. Un Cristo encarnado en una Iglesia latinoamericana de pobres, de oprimidos, de sufridos" (Varios Autores, *Ejercicios* . . . pág. 102).

Del espiritualismo a la fe comprometida

Un tercer paso tiene su relación en la vivencia de la solidaridad con esas grandes mayorías. Se trata de una separación de la comprensión de los problemas fundamentales de esas mayorías como unilateralmente problemas del espíritu, de la salvación eterna, de la vida más allá de esta tierra. Monseñor Romero nunca dejó de impulsar al pueblo hacia una vida mayor que todas las realizaciones históricas. Pero asumió, como signos auténticos y anticipaciones necesarias de esa vida mayor, los problemas fundamentales de esta tierra. Los asumió como problemas fundamentales del amor, como desafíos a considerar la vida humana y su florecimiento como el mayor valor humano, el que decide sobre si se ama o no a los hermanos de Jesús, el único absoluto, mediador en la tierra del Dios Padre de Jesús. Monseñor Romero comenzó a asumir los problemas del hambre del despojo, del desempleo, de la tierra acaparada, del capital onnipotente nacional y transnacional, del respeto a la dignidad y, en primer término, del derecho a la vida, como los problemas fundamentales del amor cristiano.

Del servicio a la institución al servicio a la fe y a la vida del pueblo:

También en la vivencia de la solidaridad con el pueblo se separó Monseñor Romero de la perspectiva "eclesiástica" como criterio de verificación de si la Iglesia camina o no por el buen camino. El mantenimiento de los derechos de la institución, la conservación de aparatos de influjo y de poder en el Estado, la misma conservación de medios institucionales de influjo, o las desechó como criterio o las relegó al último lugar. Arriesgó su emisora, transmisora universal de sus palabras de vida, convencido de que si se la destruían nadie podría detener la propagación de su mensaje. En ningún momento negoció con el Estado para tratar de asegurar el status sociológico privilegiado que los gobier-

nos latinoamericanos suelen conceder a las Jerarquías eclesiásticas así como a las instituciones católicas, toda vez que se acomodan al rol de colegitimadores de la autoridad establecida. Su perspectiva, en cambio, fue la vida del pueblo y la fe del pueblo. Hacer creíble la fe desde la defensa de la vida y de los proyectos de vida del pueblo es lo que estuvo en el centro de sus intereses, como nuevo criterio para normar el caminar recto de la Iglesia. La vida del pueblo y no la vida de la institución eclesiástica pasó a ser su centro. Por eso hizo creíble al Dios de la vida.

De “sentir con la Iglesia” sólo en su jerarquía a “sentir con la Iglesia” encarnada en los pobres:

Otro paso importante de su conversión lo dio Monseñor Romero en relación con su lealtad con la Iglesia. Uno de los rasgos más fuertes y constantes de su espiritualidad fue la exigencia de “sentir con la Iglesia”. De esta frase hizo el lema de su escudo arzobispal. En sus años anteriores al Arzobispado esta exigencia se le concretaba a él casi exclusivamente en una lealtad al magisterio jerárquico, representado en el Papa. Una lealtad, por otro lado, típica de un cierto conservatismo que (sin meternos en la intención) escucha selectivamente lo que de tradicional hay en ese magisterio, dejando de lado lo novedoso. Una lealtad también que no asume lo fundamental del Evangelio con las concreciones de la Iglesia y de la realidad locales; por el contrario, lo espera casi todo de un liderazgo universal, que supuestamente sólo toca aplicar de modo mecánico en las circunstancias particulares.

Monseñor Romero se separó de esta lealtad, que en el mejor de los casos se traduce en falta de creatividad y libertad cristianas y en el peor degenera en evasión y servilismo. Como él mismo lo dijo, siempre que se refería a sus visitas al Papa, fue a Roma para mantener una comunión al estilo de Pablo cuando subió a ver a los apóstoles a Jerusalén. Fue a Roma para aportar la realidad viva y creativa de su propia Iglesia arquidiócesana y la realidad palpitante de su propio pueblo salvadoreño; para decir claramente y con toda libertad: así es la realidad en que se desarrolla mi ministerio pastoral y por eso actúo como actúo: así se manifiesta el Espíritu en nuestra historia y a ese Espíritu quiero ser fiel. Así, por ejemplo, en su última visita, poco más de un mes antes de su asesinato, platicó con Juan Pablo II sobre la defensa de la fe en el contexto de la defensa de los derechos del pobre; con toda claridad le comunicó que había que anunciar a las organizaciones populares de El

Salvador que era parte de su obligación de justicia respetar la fe del pueblo; por otro lado, también le comunicó que realizar este deber asumiendo una posición anticomunista era, en la realidad de El Salvador, dar vuelo a las banderas de injusticia de la oligarquía revestidas para legitimarse de esa posición anticomunista.

En el curso de esta conversión comprendió, sin formularlo, lo que otro gran Obispo de América Latina ha formulado: que el ser Obispo en la Iglesia obliga a la máxima libertad cristiana porque consagra y compromete para el máximo servicio del anuncio y la realización de la alegría de los pobres (naturalmente si lo que se pretende con el episcopado no es hacer méritos para una diócesis mejor, para el cardenalato, etc.). En el curso de esta conversión, Monseñor Romero resistió presiones de organismos vaticanos —no necesariamente representativos siempre de la voluntad del Papa— y llegó siempre y personalmente hasta “Pedro” por encima de mecanismos de bloqueo centrados en la gloria de la Iglesia y no en la gloria de Dios que es la vida del pobre. Hace un año, en Puebla, también, Monseñor Romero formuló el camino que había recorrido en la comprensión de su exigencia de sentir con la Iglesia: “El ‘sentir con la Iglesia’ de San Ignacio (estaba hablando de un rasgo típico de la espiritualidad del fundador de los jesuitas) sería ese sentir con la Iglesia encarnada en este pueblo necesitado de liberación” (Varios autores, *Ejercicios* . . . , pág. 102). Se trata pues de la conversión a una fidelidad difícil, a una fidelidad dialéctica que sabe que el Espíritu habla en el Pastor que cumple el servicio de presidir la comunión de las Iglesias y que el Espíritu habla también en el potencial evangelizador de los pobres.

De la acción del Espíritu en la Iglesia a la acción del Espíritu en la Historia:

En la misma línea se separó Monseñor Romero de manera eficaz y no sólo en teoría, de una comprensión del Espíritu Santo que mantiene su acción en la historia reducida al campo de quienes profesan explícitamente la fe cristiana. De nuevo esta separación se llevó a cabo no para quedar en el vacío sino para asumir la fe penetrante y la esperanza poderosa de quien ve actuar al Espíritu del Padre y de Jesús en toda obra de amor al interior de la historia humana. Por ello, si bien mantuvo serias exigencias sobre la vocación política de los cristianos organizados popularmente, nunca pretendió basar su apoyo a los proyectos populares en una exigencia de que se declararan cristianos. Creyó profunda-

mente en el aporte de lo cristiano explícito, encarnado y comprometido, al proceso histórico del pueblo hacia su liberación, reconociendo al mismo tiempo con sencilla verdad la autenticidad humana del aporte no cristiano. En el fondo de este proceso de conversión a la grandeza y libertad de Dios estuvo su profundización de la verdadera gloria de Dios en sentido cristiano. Hoy —escribió— “El ‘para la mayor gloria de Dios’ lo traduciríamos en ‘el hombre que es gloria de Dios en la medida en que se realice, en que se libere, en que se promueva’” (Varios Autores, *Ejercicios . . .*, pág. 102).

Del pobre individual o multitud a los pobres organizados:

Monseñor Romero, además, concretó su conversión en un paso cualitativo de avance dentro del proceso de encarnación de su fe respecto de los preferidos de Dios, los pobres. Profundizó la opción preferencial por los pobres, entendiéndola no únicamente como compasión por el pobre individual y defensa de su causa, ni siquiera como defensa de la multitud de los pobres, sino como defensa del derecho de los pobres a poseer la tierra, a promover sus propios proyectos históricos y a equiparse con sus propias organizaciones en la lucha por la conquista de su dignidad hacia una fraternidad real del pueblo. En esta línea hay que colocar su ardiente defensa de las organizaciones populares en El Salvador que, por otro lado, nunca le restó libertad frente a ellas. En esta línea hay que ubicar su orientación sobre el problema de la violencia: la denunció como violencia institucionalizada en el sistema actual, raíz de todas las otras violencias, y también como violencia represiva, como abuso terrorista y como solución elevada a mística; la aceptó como autodefensa del pueblo y como derecho a la insurrección popular revolucionaria cuando todos los demás medios en búsqueda de justicia se han agotado.

Del principio de defensa de los pobres a la opción por un proyecto histórico concreto:

Este paso cualitativo enunciado en el párrafo anterior fue superado también en los últimos seis meses de su vida. La superación, conversión siempre mayor a una fe cada vez más encarnada, la realizó en dos crisis históricas de su país. Pasó así de la denuncia de un régimen explotador y represivo a la expresión de apoyo esperanzado y condicionado al proyecto nacido en El Salvador el 15 de octubre de 1979 (la primera Junta de Gobierno). Su apoyo y su esperanza en un proyecto histórico con-

creto estuvieron inspirados en el deseo de ahorrar a su país el enorme costo social y humano de una guerra civil, así como en la expectativa de influir para que el sistema imperante se reformara profunda y estructuralmente y también en la confianza que le daban algunos de los nuevos gobernantes. Su condicionamiento a este apoyo lo exigió su convicción de que los crímenes de los regímenes anteriores debían ser juzgados para efectuar una clara ruptura con el pasado, así como su exigencia de una rendición de cuentas sobre los desaparecidos y su demanda de rapidez y concreción en las reformas. Cuando esta crisis se resolvió en la impotencia el 2 de enero de 1980 (comienzo de la Segunda Junta), de nuevo volvió a tomar partido concreto, a través del juicio de los tres proyectos históricos (el de la oligarquía el de la Junta y el de la Coordinadora de Masas) que se debatían el futuro del país, inclinándose claramente hacia el proyecto de las organizaciones populares, denunciando el peligro y la realidad del intervencionismo estadounidense (carta a Carter) y la militarización del campo salvadoreño que se enmascaraba tras el proyecto de reforma agraria con represión. Finalmente, exigiendo a los soldados la desobediencia frente a las órdenes injustas de sus oficiales.

De la disponibilidad general a dar la vida a la disponibilidad concreta:

La conversión de Monseñor Romero como pastor, como líder de su pueblo, se concentra sobre todo en un último paso de sencilla pero inmensa profundización. Durante dos años, tal vez dos años y medio, su muerte violenta no fue una probabilidad cercana. Como hemos dicho antes, se intentaba más bien asesinar su imagen y se llegó a intrigar para removerlo del Arzobispado. Durante este tiempo su disponibilidad a dar la vida, bien real, se mantuvo en esa obligación cristiana de prepararse para el martirio que en el carisma de un obispo se vuelve aún más apremiante; pero esa preparación iba acompañada de la conciencia de improbabilidad de que así aconteciera. En los seis meses finales de su vida, cada vez en forma más amenazante, su muerte violenta se le convirtió en probable destino. En el momento en que la mayoría se detiene, cuando invade el miedo, cuando resuenan cada vez más fuertes los consejos de prudencia, Monseñor Romero no se detuvo. Marchó hacia la última encarnación de su fe, hacia la identificación con su pueblo asesinado en tantos de sus mejores hijos, aceptando su muerte violenta y el sentido de su muerte:

“He sido frecuentemente amenazado de muerte . . . Como pastor estoy obligado, por mandato divino, a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme . . . El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro . . . perdono y bendigo a quienes lo hagan . . . perderán su tiempo: un Obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás. (a EXCELSIOR de México, una semana antes de su asesinato).

En la conversión a la aceptación de su probable destino se expresan varios de sus pasos de conversión anteriores: su amor concreto a la liberación de su pueblo, su esperanza en un proyecto del mismo pueblo que —más allá de su carácter conflictivo en su camino de realización— abrazará con amplitud a todos los que quieran aceptarlo, su fe en una Iglesia mayor que la contenida en las fronteras de la Iglesia visible y, finalmente, su fe incommovible en el Dios que garantiza la esperanza activa de los pobres.

Un “hombre nuevo”, recreado y liberado:

Ocho días antes de su muerte vimos por última vez a Monseñor Romero. Fue una hermosa ocasión. Se encontraba recibiendo los testimonios de solidaridad de la Iglesia que nace del Espíritu entre el pueblo de los pobres en América Latina. Le entregaban el don de la esperanza que su posición cristiana de Obispo poseído por los pobres había despertado en América Latina. Habían pasado ya 3 años y 24 días desde que tomó posesión del Arzobispado de San Salvador. Otra vez volvió a preguntarnos cuánto tiempo nos íbamos a quedar. Estábamos frente a un “hombre nuevo”, recreado, liberado.

Lo habíamos conocido tímido, evasivo, y lo re-encontrábamos lleno de una fortaleza única frente al Estado y ante su pueblo. Lo habíamos conocido tradicional y sustentado exclusivamente en el pasado y en lo ya conocido, y lo reencontrábamos abordando con audacia lo nuevo, la novedad inusitada de los desafíos con que se encontró en su arzobispado. Lo habíamos conocido más bien retraído y solitario, y lo reencontrábamos en continua búsqueda de consejo y de amistad y en comunicación con multitudes, habiéndose hecho su hogar en medio de

las masas. De ello es testimonio la fotografía que en este número enriquece la portada de DIALOGO: en medio en los campesinos de Chaltenango, aprendiendo el don del Espíritu en su pueblo, “sintiendo con la Iglesia encarnada en ese pueblo necesitado de liberación”, alzando en sus brazos a una niña, mientras otro niño juega con su cruz. Lo habíamos conocido hombre de corredores y de oficinas, hecho a la vida eclesiástica, y lo reencontrábamos hombre de los caminos de su pueblo, de las veredas rurales, de los barrancos y los tugurios, de su catedral repleta de hombres del pueblo de los pobres. Tanto había cambiado su carisma que en Puebla, el año pasado, poco influyó en las redacciones de los documentos en los corredores del enorme y clausurado seminario palafoxiano; algunos llegaron a dudar de su grandeza y sospecharon una imagen inflada y oscuras fuerzas manipuladoras detrás de su fama; unos pocos —en la sintonía de un carisma similar— adivinaron que su carisma era propiedad del pueblo y confiaron en él tanto que, un mes antes de su muerte, firmaron su solidaridad con el contenido de su carta a Carter sin leerla: “tratándose de Monseñor Romero —dijo Dom Helder Cámara, Arzobispo de Recife— no me hace falta leerlo para solidarizarme con él”. Lo conocimos desintegrado, roto entre su rectitud y su aprisionamiento en esquemas conservadores; incluso con cansancios nerviosos que necesitaron cuidados médicos y que luego fueron utilizados para tratar de desprestigiarlo llamándolo, como a Jesús, “loco”; y lo reencontramos un hombre integrado, de alegría, libertad e independencia profundas, de una fresca ética totalmente encauzada, que no se quebró en sus tres años de Arzobispado ni ante presiones del Estado ni de curias, que aguantó firme la muerte y la expulsión de sus sacerdotes a manos del Estado, que reaccionó serenamente ante las amenazas de muerte propia; un hombre de sonrisa abierta ante la vida y de corazón herido y en carne viva ante cada injusticia personal, parte del río de injusticias estructurales con que le tocó enfrentarse. Finalmente lo habíamos conocido como un hombre de fe desencarnada y unilateralmente espiritual y lo rencontramos creyente en el Señor de la historia y en el Espíritu que alienta todos los proyectos de liberación de los pobres. “Hombre nuevo”, ciertamente, humilde en la conversión con que se acoge el Reino que ya viene y sus señales entre nosotros. Por su camino muchos marcharán y de su vida muchos vivirán, aunque no pueda ya celebrar en la tierra la Misa del triunfo del pueblo salvadoreño.